Testimonio de Gustavo Jáuregui Montero (distrito de Ayacucho, provincia de Huamanga 1974)

Ante todo, muy buenos días con todos. Señores de la Comisión, muy buenos días. Mi nombre es Gustavo Jáuregui Montero. Soy hijo del exalcalde de Huamanga, Víctor Jorge Jáuregui Mejía. Quisiera, empezar haciendo una remembranza de lo que fue la vida de mi padre.

Mi padre llegó a la ciudad de Ayacucho, allá por los años sesenta. Él es natural de Ica. Formó una empresa «Representaciones Jáuregui», dedicada a la comercialización de artefactos electrodomésticos, rubro en el cual destacó, asumiendo liderazgo en muy pocos años. Primero, el liderazgo departamental, luego el liderazgo regional. Tal así que, en los años setenta, es invitado a participar en el Club de Leones de Ayacucho. Sin pasar un año, ya mi padre era presidente del Club de Leones de Ayacucho. Luego sus ánimos de servir, su vocación de servicio al pueblo hace que en él nazca entrar en política. Es así como ingresa a la militancia de Acción Popular y muy rápidamente es nombrado secretario general del departamento. Luego de ello, es nombrado candidato a la alcaldía por el período de 1980–1983. Mi padre gana las elecciones limpiamente. Es elegido democráticamente por el pueblo y asume su cargo en el año 1980. Mi padre comenzó su mandato haciendo obra. Pueden dar fe de ello la gente antigua de Huamanga, la gente que está acá, que lo conoce y sabe del trabajo de mi padre.

En 1981 aparecen grupos subversivos. Aparecieron mucho antes, quizás, pero ese año empiezan a tomar notoriedad. Más aún para mi familia. Empiezan a llegar amenazas contra la vida de mi padre. Es invitado a renunciar a su cargo público, situación que él no acepta. Le piden cupos económicos, visto que él tenía una empresa muy próspera. Mi padre [se] negó [a darles] cupos a ellos, porque él consideró que esa lucha no era la adecuada, que el derramamiento de sangre no era adecuado y jamás participó de ella. Tal es así que, en el mismo año de 1981, mi hogar comienza a recibir atentados terroristas. Los dinamitazos eran muy frecuentes, una vez por mes. No exagero. Yo era muy niño, tenía siete años. Llegaban a mi casa. Nosotros poníamos los roperos y las cómodas en las ventanas para que no nos salpicara el vidrio porque ya sabíamos que en cualquier momento nos podía llegar un ataque subversivo.

Dormíamos en la sala, en el primer piso. Yo recuerdo mucho la Navidad de 1981. Visto que los atentados eran cada vez más frecuentes, nos asignaron vigilancia policial. Yo era un niño. Quería el revólver del Policía que dormía al lado de mi habitación, cuidando y vigilando que no haya otro ataque subversivo.

Mis hermanos mayores invitaron a mi padre a renunciar. Le suplicaron que por favor deje la política porque su vida peligraba. Mi padre y su vocación política no se lo permitió. No quiso renunciar.

En el año de 1982, a mediados, hubo otro atentado contra mi domicilio. Esta vez una bomba incendiaria [que] prendió en llamas el depósito en el cual mi padre tenía parte de la mercadería que él recibía. La llevaba al depósito y de ahí la trasladaba a la tienda para exhibirla. Me acuerdo de que se incendió. En esa época no había bomberos en Ayacucho. Tocaron las puertas mis hermanos mayores de los vecinos y ellos nos ayudaron a apagar el incendio con baldes, con ollas, con lo que tenían a la mano.

Yo tenía siete años. Vi mi triciclo a un costado y dije: «Necesito ayuda». Mi familia estaba preocupada por apagar el incendio y no sabían que yo, que soy el menor, estaba descuidado. Estaba ahí que quería ayudar, pero no podía. No me dejaban. Agarré mi triciclo y me fui hasta Magdalena, más o menos a un kilómetro de donde fue el incendio, a buscar ayuda a los compadres de mi madre. Los llamé. Ellos preocupadísimos fueron a buscar a sus vecinos. También los trajeron y fueron a ayudar a apagar el incendio. Se logró salvar parte de la mercadería. Otra parte no. Fue incinerada, fue quemada.

En el mismo año, el 11 de diciembre de 1982, mi padre estaba inaugurando una posta médica en el barrio de Santa Bertha, hoy Jesús de Nazareno, distrito de Jesús de Nazareno. Dos sujetos bajaron raudamente de una motocicleta, arremetieron contra mi padre, le dispararon cinco veces, tres tiros dieron en la cabeza. Mi padre cayó. Fue inmediatamente trasladado al Hospital de Apoyo (Jesús Nazareno) de Huamanga. Ahí no se contaba con los instrumentales necesarios para realizar una operación. El Gobierno, presidido en ese entonces, por el arquitecto Fernando Belaunde Terry, dio las facilidades para que se trasladara a mi padre a la ciudad de Lima, y ahí se le sometiera a una alta cirugía. Hasta el día de hoy, mi familia en pleno está agradecida con el doctor Esteban Rocca por haberle salvado la vida a mi padre. Mi padre está vivo, después de su atentado, después de recibir tres balas en la cabeza, aún está vivo. Pero él no quedó bien.

Mi padre es un hombre muy fuerte y tenaz. De principios y valores firmes. Mi padre se recuperó parcialmente pero muy rápido. Al sexto mes, quería volverse a Ayacucho. «Yo he sido elegido hasta 1983, hijos. No he sido elegido hasta 1982» dijo él. Mi hermana lloró, dijo: «Papá, no te vayas». Mi madre lloró: «No vayas, Jorge. Quédate acá con tu familia. Tu vida peligra». Mi padre dijo: «Yo fui elegido por el pueblo. Yo me debo a ellos. Yo tengo que cumplir mi mandato». Y se vino, se vino a completar su mandato. Los titulares, me acuerdo yo mucho: «Si tengo que morir, moriré, pero a mi pueblo no lo dejo». Titulares en diarios prestigiosos como *Caretas*, *Oiga*, en diarios y revistas, *El Comercio*, tomando la manifestación de mi padre, porque él quería seguir sirviendo al pueblo. Volvió y siguió haciendo obras. Mucha gente acá en Ayacucho sabe la calidad de obras que hizo para el desarrollo de Ayacucho. En realidad, no me alcanzan los dedos para contar las obras de mi padre. El pueblo [lo] sabe. Lo dejamos que él se viniera y nosotros nos quedamos en Lima.

En 1987, [ocurrió] un nuevo atentado contra mi padre. Mi hermana mayor se casaba en la ciudad de Lima. Mi padre fue para celebrar el matrimonio de mi hermana. El negocio cada día estaba peor. Mi padre ya no era el mismo. Ya no tenía las aptitudes comerciales que lo llevaron a constituirse en un líder, pese a que las empresas con las que trabajaba, a las cuales representaba, las empresas *National*, *Panasonic*, *Philips*, *Singer*, *Honda*, entre otras, le dijeron: «¿Sabes qué, Jorge? Sigue trabajando. Nosotros te vamos a ayudar». Pero su habilidad, su empuje, su desempeño ya no era el mismo. Él fue […], salió del hospital con discapacidad parcial.

El negocio iba cada día peor. Nosotros teníamos miedo, pero Jorge no. Yo era niño, ya tenía trece años y tenía miedo de venir a Ayacucho, pero mi padre vivía acá. Él no tenía miedo y a mí me extrañaba eso. Él quería seguir viviendo acá. Mi hermana se casaba en Lima, mi padre fue al matrimonio. A los dos días del matrimonio llega acá a Ayacucho y encuentra a su tienda robada. Un nuevo atentado contra mi padre, esta vez un robo.

Robaron la tienda comercial. Le robaron dinero en efectivo, joyas, todo lo que pudieron *cargarse* de la tienda. Mi padre sentó la denuncia policial. Se hicieron las pesquisas necesarias. Jamás se halló al culpable. Jamás. Igual que en el primer atentado, nunca hubo un culpable. En esa época no queríamos ni siquiera saber quién era porque teníamos miedo de que nos mate. Pero, ahora [sí] queremos saber. Ya basta.

Robaron la tienda de mi padre. No hubo un culpable. Siguió trabajando, tratando de reflotar la tienda; pero no podía. Las letras lo agobiaban. El tiempo lo vencía y, poco a poco, fue resquebrajándose. Estaba pensando en abrir una tienda más en Huancayo y distribuirse. En ese tiempo, mi padre competía un poquito en ventas [con] lo que era Hiraoka. Tratando de comprar más que él porque los dos compraban de las mismas empresas. Mi padre no tenía ya la capacidad para hacer eso. Mi padre no compraba ya lo que compraba Hiraoka, ni lo que compraba nadie. Mi padre quebró.

En 1990, mi padre estaba totalmente quebrado. Perdió su dignidad. ¿Quién le va a dar su justicia? ¿Quién le va a dar su dignidad? ¿Quién nos va a devolver a ese padre amoroso, cariñoso, luchador que nosotros teníamos? ¿Alguien nos puede devolver [a] él? Mi padre está ahí […], invalidez física y mental permanente. No puede hablar como hablamos nosotros. Él hablaba mejor que muchos. Él no puede pensar como pensamos nosotros. Él pensaba mejor que muchos. Y ahora está ahí.

Mi padre tiene 67 años. Él aparenta tener 80 por las secuelas del atentado. Lo único que mi familia pide es justicia y dignidad para mi padre y para todos los que fueron víctimas de esta guerra social inexplicable, que no tiene sentido. Mi familia quiere que esto [que] nosotros hemos vivido, no lo viva nadie. Que ese resentimiento que nosotros tenemos, por habernos frustrado, no lo sienta nadie.

Quiero terminar diciéndole a mi padre: «Padre, tus hijos, tus nietos, vamos a vivir orgullosos de ti, de tu trayectoria para toda la vida, padre mío. Te amo».

Doctor Carlos Iván Degregori Caso

Muchísimas gracias, Gustavo, por tu testimonio, y también al señor Jorge Jáuregui, aquí presente. Creo que el testimonio, además de doloroso, nos muestra cómo en Ayacucho y en todo el Perú, hubo también, en esos años dolorosos, muestras de coraje. Y quiero referirme especialmente a [las] muestras de coraje de autoridades democráticamente electas, de autoridades comunales, de líderes sociales, quiénes sin distinción política, supieron defender los cargos para los cuales habían sido elegidos. Muchísimas gracias. Y, por supuesto, la Comisión tratará de encontrar la verdad y la justicia que usted y su familia reclaman. Gracias.